

— ¡Vaya si la veo con frecuencia y vaya si hablo expansivo con ella!

— Yo necesito un amor para mi vida; y la mujer en quien mi atención y mi pensamiento se fijaran; la que yo creí amante sin par y resuelta con resolución irrevocable á seguirme, Acté, ha ingresado en no sé cuál secta y hecho no sé qué promesas de castidad á sus dioses, por lo que no puedo entenderme con ella, y necesito salir de mi soledad, entrando en unos amores indispensables, para que, viviendo feliz en mi hogar tranquilo y con una familia verdaderamente amada, pueda consagrarme á los negocios públicos, mantenido por los brazos predilectos y animado por los ojos como luceros de una mujer amada.

— Nerón, la fidelidad se funda en la franqueza. Popea te ama, según me ha dicho; pero cree que un amor consagrado á persona tan alta como tú, no puede menos que ser un amor exclusivo primeramente, concienzudo después, público al fin, y por público, autorizado en la religión como en las leyes.

— Explícame todo eso. ¿Qué quiere decir por un amor exclusivo?

— Un amor incapaz de consentir, no ya rivalidades y competencias con otra mujer que juzga ella imposible dentro de una pasión verdadera é intensísima, con individuos de tu familia cuyas sombras obscurecerán la mutua dicha de los dos amantes.

— ¿Qué individuos de mi familia la inquietan?

— Primero Agripina.

— Pues que dé á la emperatriz por muerta. Tanto me da matar á mi madre como si matase una mosca.

— Después Octavia; no quiere Popea ser tu manceba de un día, quiere ser tu esposa legítima de siempre.

— Octavia, Octavia.... Morirá también. Pero necesito más tiempo ciertamente para desasirme de Octavia que para desasirme de Agripina. El nombre de su padre y la compleción de su carácter le dan partidarios á los cuales no puedo desconcertar para perderla, sino con astucia y perfidia, que requieren disimulo, silencio y tiempo.

— Pero no le basta con Octavia, como tampoco le basta con Agripina: la primera le incomoda porque amenaza la tranquilidad

de su corazón, y la segunda le incomoda porque amenaza el goce que debe tener la esposa de un César del Imperio ó de sus múltiples bienes.

— ¿Quiere más víctimas inmoladas en los altares de su amor?

— Las quiere y las necesita.

— ¿Cuál?

— Británico.

— ¡Bah, Británico! Tanto me importa matarle como si matara un recental. No le degollaré, porque la sangre tiene mucho de llamativa y escandalosa; pero nos ayudará Locusta con un veneno, y saldremos de Británico.

— Al término de todo esto, Nerón, se hallará el amor que necesitas y aparecerá la mujer que deseas; al término de todos estos sacrificios.

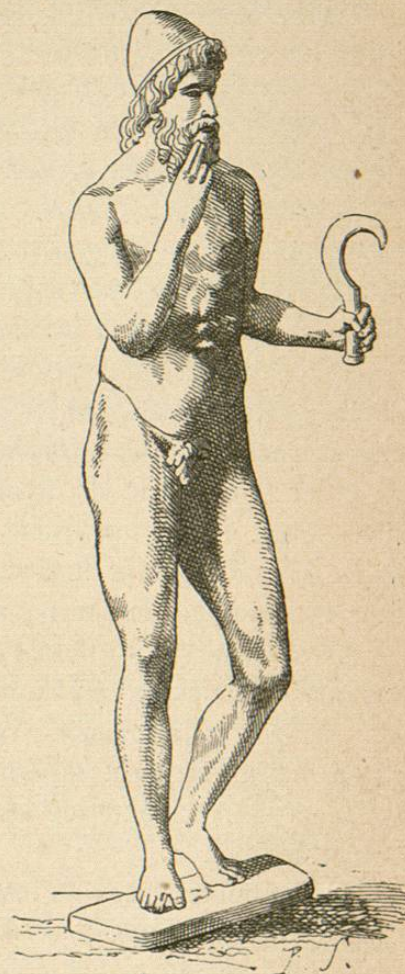
— Ninguno de ellos me importa. El remordimiento no penetrará en mi conciencia, porque me hallo facultado por los dioses para imponer la muerte á quien se interponga en mi camino y asombre con esta interposición de su cuerpo el disco de mi autoridad. Pero ya sabes que las gentes de abajo apenas comprenden lo que arriba pasa, como no se comprende nunca desde un hondo valle ni el aire ni la vida que reinan en las cumbres de los altos montes. Ha prescindido de Octavia, dirán unos, la mujer que le aportó en su canastilla de boda la diadema imperial. Ya dice para molestarme y malherirme mi madre Agripina esto mismo, siempre que me amonesta y riñe. Pues no te quiero decir cómo se ponen todas las madres contra los hijos descastados, aunque sean esos hijos tan buenos como yo y esas madres tan malas como mi madre. De Británico no quiero decirte que lo ha esta mala mujer, á quien debo la vida, hecho un instrumento de terrible combate contra mí para perseguirme á muerte y aniquilarme si puede. Pero yo romperé todos estos instrumentos, empezando por Británico, el cual me parece ahora mucho más frágil que los restantes y por ende mucho más pronto á quebrarse de suyo entre mis manos.

Celebrábanse á los pocos días de tal diálogo las fiestas saturnales en Roma. El sentido común y el habla vulgar han prestado á esta palabra una significación de placeres y desórdenes colectivos, los cuales pugnan á la verdad con el origen y el carácter que tuvie-

ron las Saturnales en Roma. Dase nombre de saturnal á cualquiera de los espectáculos inmorales que se ofrecen tras una comida campestre ó una orgía ciudadana, en que los comensales se embriagan y acaloran, escandalizando con sus palabras y desatinándose ellos mismos en sus obras. Mas con el comienzo de la Historia romana en sus más remotos anales y con el ministerio representado por Saturno en la vieja religión, estas fiestas coinciden, fiestas esencialmente religiosas. Como en las Exposiciones internacionales un mercado sea la distracción y recreo principal hoy, en las fiestas romanas era principal diversión y recreo una feria. Y la feria, que quiere decir trabajo para quien vende y compra, quiere decir ocio para quien á ella como aficionado y espectador asiste y en ella se huelga y se recrea. Así llamamos todavía en el habla corriente y vulgar á los días festivos días feriados. En los correspondientes á las Saturnales dábase mucha paz á la mano y á las lenguas mucha guerra. Por esto sin duda Macrobio dió el nombre de *Saturnales* á un libro enciclopédico, en que habla de cien asuntos que comprenden desde la historia de muchas palabras latinas y frases y refranes, hasta los comentarios de la *Eneida* y los loores á Virgilio, mezclados con observaciones de alta crítica. El capítulo segundo de tal obra nos habla del origen de las conversaciones de sobremesa que se han prolongado hasta nosotros, y de las declinaciones de la palabra saturnales, que se sale un poco del régimen gramático y del uso común por la vetustez de semejante palabra. El escritor niega que la religión á Saturno consagrada provenga del Egipto. Todo lo contrario: el Egipto no admitió entre sus dioses á Saturno hasta que lo impuso muy tarde Alejandro, devotísimo suyo, y lo confirmó y mantuvo la sucesión de Alejandro, los Ptolomeos, que reinaron á la sombra de tan excelso héroe. Y esto último es tan cierto, que como exige el culto de Saturno sacrificios de animales, y sangre, por ende, muy detestables á los egipcios, los templos á Saturno se erigieron en las afueras de las poblaciones egipcias para que su hedor no contaminase la trascendencia á incienso que despedían los puros templos egipcios. Cosa difícil averiguar la genealogía y estirpe de las antiguas festividades romanas, porque todas ellas se hallan ceñidas de tinieblas y en todas entra por una parte principalísima el misterio. Había en ellos

mucho que podía siempre decirse, pero mucho que se callaba, como los secretos de confesión ahora, y que permaneció reservadísimo á unos cuantos iniciados, guardadores de cierta vieja tradición oral, perdida para siempre. Reinaba de antiguo en tierra de Lacio, Jano, á quien atribuyó la mitología

dos caras, una mirando á lo pasado y otra mirando á lo porvenir. Y cuando más indisputado y menos compartido parecía el poder de semejante dios, aparecióse por las playas de Regio, yendo en misteriosa nave, Saturno, que traía inventos, por los cuales alzóse á las aras y obtuvo la devoción de los obligados á su culto por el agradecimiento. La hoz, llevada por Saturno en guisa de cetro, recuerda cómo este dios enseñó á los latinos el injerto en los árboles y colmó de panales y mieles de infinita dulzura, que antes fluían por los troncos á su grado, las pródidas repletas colmenas. Consiguientemente con todo esto, las primeras festividades á Saturno se conmemoraban ciñéndose sus devotos con ramos de higueras y regalándose bollos amasados con miel. Así los tiempos de Saturno se llaman en todas las edades posteriores tiempos de felici-



Estatua de Saturno

dad, lo mismo entre los poetas que entre las pitonisas, lo mismo entre los oráculos que entre los sacerdotes. Y como eran siempre de paz y felicidad; no había desgracias. Y como no había desgracias, no había seguramente aquella peor cien veces que la enfermedad y que la muerte, no había esclavitud. De aquí resulta el principal carácter de las saturnales, la libertad completa de manos y sobre todo de lenguas dejadas á los esclavos en ellas. Pero hubo más: el

buen Saturno representa un paso de progreso en los sacrificios, porque sustituye al infernal Plutón y significa el tiempo coordinado y corriente surgiendo de la tenebrosa é indeterminada eternidad. Y como á Plutón en sus sombras se le consagraba una cabeza humana donde los ojos se habían extinguido, á Saturno en su luz se le consagraban unas ardientes y vivaces antorchas que iban de mano en mano alrededor del templo de su divinidad. Estas antorchas fueron de cera en agradecimiento á la invención por Saturno del colmenar y las colmenas. Así, en las puertas de sus templos hay tritones con una bocina en la boca, y aquellos tritones con las colas hundidas en el agua y la cabeza de persona en el aire significan el tránsito de una vida inferior á una vida superior, como las bocinas representan el principio de unas edades históricas, en las que suena la verdad como no había sonado en las edades caóticas de los protoplasmas y de los gérmenes. Celebrábanse las saturnales en Enero; porque á Jano se consagró Enero, á Jano que le precedió en el trono de las divinidades romanas, y á Saturno mismo Diciembre. Parece imposible: una cosa tal como la fiesta de Saturno se inventó para dulcificar la dura esclavitud, prestando á los siervos siete días de libertad anuales, en los que soltaban sus lenguas y decían á grito herido sus quejas. Pues unas saturnales en las que Británico se creyó autorizado á decir lo mismo que decían los esclavos en tal ocasión y con motivo tanto, fueron la causa ocasional de la desgracia experimentada por aquel príncipe, á quien ya tenía entre ojos, desde las preferencias de Agripina, el celoso y receloso Nerón.

Quien hubiera seguido los pasos de Nerón entre sus confianzas últimas con Tigelino y las fiestas saturnales, viéralo deslizarse como una sombra en los gabinetes reservados á Locusta y recibir de la envenenadora terribles consejos y advertencias para deshacerse de sus enemigos, hasta quedarse, si así le pluguiera, sólo en el mundo. La educación, que presta los temperamentos y los caracteres sobrepuestos al temperamento y al carácter nativo de cada persona, se recoge con suma facilidad en el aire, y como los elementos de la respiración y como los átomos de la nutrición á cada cuerpo, se la asimila el espíritu. Abiertos los nervios del joven César á todas las impresiones y dócil el espíritu á todos los

ejemplos por aquella susceptibilidad natural suya, de que adolecen los temperamentos exaltados y las almas artísticas, no dejó nunca de comprender cuánto sirvieran en el Imperio las drogas de aquella maga horrible á los planes y á los proyectos de su ambiciosa madre. Así pensó reproducir en el hijo la escena misma de la muerte del desdichado Claudio. El mucho vino, la grande alegría, el placer conexo con las saturnales, las cenas orgiásticas, la libertad reconocida en todos los siervos por obsequio al dios, el desate y suelta de las lenguas, habían de sugerir á Británico alguna imprudencia, muy análoga de suyo con la que otra vez comiera delante de su madre misma, de Agripina, cuando en una tesis oral, entre literaria é histórica, la insultó, y ésta se volvió contra él como una víbora, y no le picó por miedo á que Claudio se interpusiera en su terrible acción y le atajara el paso. Pero ahora, todo cuanto había inventado Agripina contra Británico le servía de apoyo á Nerón para castigar al joven hermano y hacerle sentir el poder infernal de su grandeza y el alcance de su facultad de producir el mal, que llegaba en su extensión hasta parecerse al poder mismo de la muerte.

Corrían las saturnales. Cuantos ritos señalaban los viejos anales romanos, otros tantos se cumplían en el palacio de los césares, obligados á ensalzar la religión más, pero mucho más que los últimos plebeyos. Nerón, por tanto, debía pasar en la cena saturnal por un esclavo, y Británico por un emperador. Británico tenía derecho por ende á decir cuanto el gusto le pidiese; Nerón deber de callarse como un muerto. Habíase arreglado la cena como en las mayores comidas, pero no le tocaba el sitio preeminente al César, le tocaba en este particular momento á Británico. Reinar, aunque fuese por un momento, le ponía fuera de sí al misérrimo príncipe, como dejar que otro reinase le ponía también fuera de sí al misérrimo Nerón, que no podía tolerar el eclipse de un minuto á su poder y á su gloria. Para mayor tormento no estaba solo, y tenía en el puesto inferior adonde le condenaban las costumbres y las mascaradas saturnales, junto á sí, las dos mujeres que más le atormentaban en el mundo, su esposa Octavia y su madre Agripina. La repugnancia experimentada por él ante una y otra tenía tal fuerza, que cerraba los ojos para no verlas y los oídos para no escuchar-

las, gozándose con sumo gozo en contemplar y oír á las dos ausentes, á Popea y Acté, que llevaba en lo interior de su alma y aparecían á cada evocación suya en los infinitos espacios de su pensamiento, embargado con incontrastable y continuo embargo del amor y del arte. Colocados ya todos los asistentes en sus sitios respectivos, empezaron las conversaciones predecesoras del discurso que rumiaba el infeliz Británico, y que fulminado por sus labios debía caer como un rayo sobre su cabeza y troncharla.



CAPITULO X

IMPLACABLES VENGANZAS

Tres grupos capitales formaban los asistentes al banquete: los grupos de Británico y sus compañeros; de Nerón y su familia; de los filósofos y poetas, presididos aquéllos por Séneca y éstos por Lucano. El gasto y el enorme lujo excedían en estas comidas á cuanto en otras se mostrara. No podía el Palatino, la residencia de los emperadores, dejarse vencer por nadie, á causa de que no podía superarlo todo sino siendo superior á todos. Así las escuadras del Imperio empleábanse muchas veces en llevar manjares al emperador. Nerón ponía desde los parthos hasta los andaluces á contribución para que le regalaran y enriquecieran la mesa. Los huevos más ricos de mujol mediterráneo, los sesos mejores de faisanes bravos y pavos indios llegaban en las naves que por cuenta del Estado recorrían todas las costas del mar. Las ostras del hermoso Lucrino, las almejas de Lusitania, las castañas negras y amarillas, las aves más raras puestas sobre muy gordos espárragos costaban un ojo de la cara y hacían perder de gusto el sentido á los glotones romanos. Las flores, únicamente las flores allí esparcidas, en meses á ellas tan opuestos como enero, costaban millones de sestercios. No